

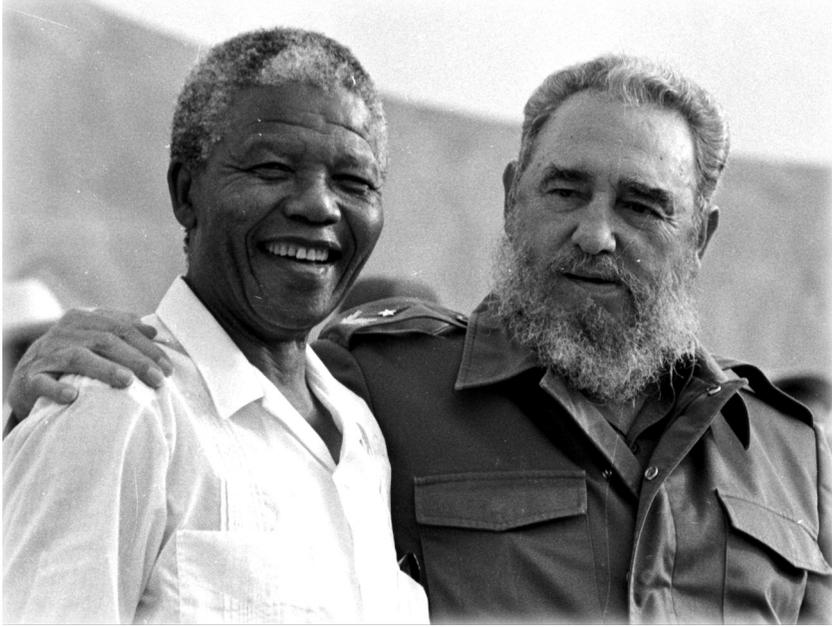
Un ejército a imagen de su propio pueblo

Pedro Prada

La idea que evoca de inmediato al héroe cubano Camilo Cienfuegos, retrata de un golpe el sueño y la meta de resumir en las Fuerzas Armadas Revolucionarias los mejores atributos del nuevo país que se ha forjado en la lucha y en la victoria, y que aprendió la lección leninista que el valor de una revolución radica también en su capacidad para defenderse. Este trabajo es una versión actualizada especialmente para el lector salvadoreño, de otro, escrito por el autor, en el año 2006, cuando se cumplía el 50 aniversario del desembarco del yate Granma y del día de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Cincuenta y un años después de la victoria, el hombre uniformado de verde olivo y con barba sigue siendo la imagen por antonomasia de la revolución cubana. El rebelde barbudo –devenido por asociación una versión del Líder histórico de la Revolución- y, por extensión, símbolo también del defensor de Cuba –dígase entonces del militar cubano-, ha encarnado a lo largo del tiempo y a través de múltiples asociaciones de significados, una de las más difundidas imágenes de nuestro país entre nosotros y ante el mundo.

Si a lo anterior se agrega que la institución subsumida en esa imagen uniformada, es una de las más sólidas de la revolución cubana, tanto por su historia combativa, profesionalismo y organicidad, así como por su prestigio, popularidad, nivel de eficiencia y eficacia, puede entenderse el por qué, las Fuerzas Armadas Revolucionarias son uno de los más importantes portadores de la imagen de Cuba: deontología de las interpretaciones múltiples de la realidad nacional tanto por nuestros compatriotas, como por observadores



extranjeros.

Esa imagen que vierten hacia adentro y hacia fuera los integrantes de las FAR es tanto más importante en la actual coyuntura, en que el socialismo cubano, sobreviviente y vencedor de la crisis de las izquierdas y del derrumbe del socialismo europeo, pudo poner a prueba toda su autenticidad, rigor y virtud en un mundo unipolar y en fiera lucha contra el más poderoso de todos los imperios, demostrando su mérito no solo contra las ideas de la globalización neoliberal imperante, sino en el gran debate sobre el modelo de sociedad y prohombre futuros.

Al reconocer sin ambages lo anterior, analistas del Pentágono, de la CIA y de los propios medios de comunicación estadounidenses insisten con reiterada frecuencia en personalizar ese mérito en un jefe militar. Otros lo atribuyen a cuotas de poder. Terceros opinan que es debido a una presunta preeminencia de ideas pragmáticas y liberales. Y no faltan aquellos que le atribuyen a las FAR y a sus jefes determinada adhesión a privilegios exultantes o pensamientos reformista de lo que ellos consideran que es (o fue) la esencia de la revolución cubana.

Unos y otros yerran el intento por entender el fenómeno. Desde su propio nacimiento como organización político-militar, el Ejército Revolucionario 26 de Julio —el ‘ejército rebelde’— fue concebido no solo como brazo liberador de la Nación, sino como fuer-

za portadora de las simientes de la Patria nueva a fundar. Actor y director de aquella época, correspondió a sus fuerzas, dondequiera se les asignara y cualesquiera fueran las misiones, mostrar los valores que constituirían la ‘imagen’ del país posible, educarlos, masivizarlos y comunicarlos a las grandes audiencias. Solo así fue posible llegar a aquella jornada gloriosa en que, consolidado el poder del pueblo, ese ejército victorioso mostró una lección inmedible de virtud y lealtad al poner sus armas en manos de la nueva dirección política y popular que se constituía.

Un profesionalismo *per se* y no ‘para sí’

Los conceptos éticos del código de conducta de los militares cubanos y del funcionamiento de su organización —las FAR— resumen, además, otros componentes de carácter histórico, legados por los patriotas fundadores, aquellos que, como los centauros desnudos de Ignacio Agramonte, se lanzaban al combate sólo con su vergüenza para arrebatarse las armas al enemigo.

Unas palabras del General de Ejército Raúl Castro Ruz, pronunciadas al analizar los trágicos acontecimientos de Granada, mientras era Ministro de las FAR en 1983, resumen todo el camino: ser oficial, como ser integrante de las FAR no constituye un modo de vida, sino un sentido de la vida que incluye la más ética de las elecciones, la decisión

teratológica de ser capaz de sacrificar con honor la propia existencia frente a los enemigos de la Patria. Viejo dilema hidalgo que nos recuerda lo mejor del pensamiento y la prédica universales – la educación espartana (con el escudo o sobre el escudo), el espíritu quijotesco que hace creer que no hay imposibles, permanente y ciclópea tenacidad (que en Cuba se resume en los apellidos Maceo y Grajales) y la pureza de ideales y principios, felizmente concentrados en esa triada que forman José Martí, el Che y Fidel Castro.

Las evidencias de esa conducta se advierten desde los más elementales actos del vestir y de la cortesía de nuestros combatientes –dentro y fuera de sus unidades– hasta en la modestia y caballerosidad con que se les enseña a actuar, ¡la misma de la Sierra Maestra! Fueron las mismas virtudes que permitieron rápidamente ‘vestir de yarey la guerrilla’ y desplegar frentes por todas las montañas de Oriente hasta rendir en el verano de 1958 y en las inmediaciones de Santa Clara, a las huestes más selectas de la tiranía, las mismas virtudes que respetaron la integridad de los mercenarios del Imperio, idénticas a las que derrotaron la supremacía racista y colonial en las guerras de África.

Todo cuanto rodea esos valores es lo que hemos vivido y trasunta hoy en cada acto de un combatiente de las FAR, incluso de aquellos que jubilados o fuera de sus filas por requerimientos del país, siguen pensando

y creyendo que vivir en Cuba y servir a una revolución popular y a un partido de vanguardia constituyen siempre una forma de enrumbar la existencia y no un camino de subsistencia. No importa cuál, dónde y para qué sea el puesto de combate.

Eficiencia, pero con efectividad

Los enemigos históricos de la Revolución habrían preferido un ejército y un pueblo desunidos y desorganizados, fácilmente confundibles, manipulables, derrotables. La subestimación de nuestra historia nacional, del legado de los libertadores Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Antonio Maceo, Máximo Gómez, José Martí, para quienes el orden y la disciplina eran inseparables; y la incapacidad para entender cómo una vanguardia política con sentido unitario fue sumando voluntades, los ha privado de entender la diferencia con quienes olvidaron el axioma leninista de que toda revolución vale algo si sabe defenderse.

Desde su nacimiento, las FAR pertenecían también al ámbito de los llamados sueños imposibles, eran un desafío a la presunta anarquía del carácter nacional, a la achacada incapacidad organizativa del cubano, como glozaba un Reader’s digest de los años cincuentas. La lección de las FAR trasladó al resto del pueblo y de la Nación la comprensión de que había una capacidad no reconocida, no educada y no

explotada en nosotros de actuar con organicidad y sentido de organización. Orden y disciplina conscientes volvían, como en tiempos de Agramonte y Maceo, a dar la clave olvidada en nosotros mismos, o que habíamos sido forzados a olvidar para existir dispersos y vencibles, entre otras razones, porque marítimamente dicho, la hora de la acción nunca sería la de aprender, porque era preciso e imprescindible haberlo aprendido todo antes.

Luego la economía global trajo a todos los ámbitos de la vida el debate de la eficiencia. De tanto pujar las cuentas y empuñar las tijeras para elevar ganancias reduciendo costos, las sociedades se olvidaron de la eficacia y sus organizaciones de que la primera razón de su existencia es el encargo social que las anima.

Aunque el tema ronda los predios de la propiedad, ni los ejércitos escaparon a la plaga. En Cuba, la diferencia impuesta por las FAR estribó en combatir el eficientismo preguntando siempre a cada jefe y a cada combatiente qué resultados alcanzó. Dicho con palabras del general de ejército Raúl Castro: hacer lo que hay que hacer en el lugar oportuno, de la forma adecuada y en el momento preciso.

La experiencia, que es aleccionadora e insuficientemente aprendida por el resto de la sociedad e instituciones cubanas, muestra que más allá del discurso, de la consigna, del mural, de la plenaria y todo lo que de retórica pue-

den contener esas formas de comunicación, son al final las convicciones y los actos los que realmente deciden y dan la medida de la verdadera eficiencia —la eficaz, la medible en resultados, que es la más efectiva.

Si aun se dudara de ello, debe recordarse aquellos actos altruistas de las FAR a inicios de los años noventas —en silencio, cuando más duro mordía el período especial— de entregar parte de sus reservas a la cuota popular, de reducir el número de efectivos y de las actividades de preparación combativa, de ceder su combustible, de tomar por asalto la agricultura para hacer producir la tierra, de renunciar a las asignaciones estatales para autoabastecerse con medios propios, entre muchos otros ejemplos. ¡Qué conducta tan diferente a la vista en las postrimerías de la célebre Perestroika, cuando en las calles de Moscú, mientras unos militares arremetían contra manifestaciones obreras de protesta, otros se arrodillaban ante la bandera de Estados Unidos y terceros vendían sus insignias y medallas a los turistas!

Por ellos, al invocar en la memoria aquellas años aciagos y de desesperanza para algunos, debe recordarse que no hubo una grieta en la defensa de nuestro país, que el pensamiento se volvió más audaz depurando y puliendo aquella doctrina de guerra popular nacida de la más absoluta convicción de que la responsabilidad por la defensa de Cuba era asunto de exclusiva incum-

bencia de los cubanos; que los recursos de empleo de la técnica y el armamento comenzaron a desafiar sin perjuicios el estrecho horizonte de algunos de sus fabricantes y planificadores; que el militar cubano fue transformándose no en una máquina de matar armada de chalecos antibalas, cascos de kevlar y comunicaciones satelitales, sino en una sofisticada estructura socio-humana y político-militar premonitoria del tipo de individuos que requería la nueva época en que se adentraba el país. Fue así como surgieron soluciones desde lo risible hasta lo imposible o inimaginables, pero soluciones.

Realistas más que pragmáticos

Una de las más importantes riquezas del pensamiento militar cubano, desarrollado por sus más grandes jefes en todas las épocas, es la actuación reflexiva ante realidades inevitables. Frente a la tendencia pragmática que asume fríamente lo insalvable, la diferencia la pone el rechazo tajante al sino fatal, la rebeldía y la fe en el triunfo que son bases de un sistema de educación a todos los niveles —desde el Camilito (el bachillerato vocacional militar) y el soldado, hasta el general— basado en el conocimiento, la más amplia cultura, la entereza física, la astucia militar y la integridad moral.

Desde el punto de vista de los pragmáticos, esa es la única forma de actuar frente a los pretéritos romanti-

cismos e idealismos. Desde el punto de vista de los realistas, tal y como hemos aprendido en las FAR, hay que saber soñar, con los pies en la tierra, sí, pero convencidos de que los sueños de hoy son las realidades de mañana. Si esa idea no hubiera estado presente desde su nacimiento, en que era impensable hacer un viaje en un yate destartado sobrecargado con 82 hombres y en medio de un mar de tormenta, no se habría asumido nunca aquella decisión realista de que zarpar aun en condiciones precarias la noche del 2 de diciembre de 1956 desde Tuxpan.

Era lo más cercano a la única posibilidad de echar a andar el motor de la nueva guerra necesaria.

De aquel aprendizaje bebimos, como pudieron hacerlo a su modo aquellos jóvenes parisinos convenientemente olvidados y silenciados aún cuarenta años después de su rebelión, que gritaban en los muros de la capital francesa la alternativa de los verdaderos revolucionarios: «seamos realistas, pidamos lo imposible»; como lo hacen hoy millones de personas en todo el mundo que creen inexorablemente y luchan de modo tenaz por un mundo mejor y posible. Es más, hay en esa forma de pensar y encarar las dificultades un enfrentamiento del hombre libre frente al liberal. Nuestros jefes, combatientes, han sido enseñados a actuar siempre como lo primero. No es un azar la convocatoria que hiciera en su momento el Comandante en Jefe Fidel Castro para

que, llegado el momento, cada hombre y cada mujer, en cada lugar del país, actuara como su propio Comandante en Jefe, o lo que es lo mismo, como un individuo liberado que reacciona no por disenso sino por convicciones y responsabilidades asumidas de forma consciente, a partir de abrazar las primeras. El liberal se expresa contracorriente, pero al vuelo y sin perturbar el curso del torrente. El libre no solo se enfrenta al curso de los acontecimientos, sino que persuadido por la búsqueda del rumbo correcto, interviene para su transformación y se hace revolucionario. Si aun se dudara, revítese la historia de las empresas militares industriales cubanas en los últimos quince años.

¿Y los valores?

Con todo este avatar, cuando el país se adentraba en el difícil período especial, como denominamos los cubanos a la crisis que sobrevino en 1990 tras el derrumbe del campo socialista europeo, las FAR y sus jefes fueron de los primeros en identificar que junto con la preservación de la técnica y el armamento y el desarrollo de la ciencia militar cubana, la institución armada debía prestar el máximo de atención al debate de las ideas y valores que se estaba dando en el mundo globalizado.

La comprensión temprana de que hoy, el primer y más encarnizado enfrentamiento que se da en el mundo —previo al de las armas— es el de ideas,

los valores y la cultura, ha permitido a los militares cubanos dar el salto necesario para centrar más que nunca las metas de la defensa nacional en los seres humanos. Ahora, cuando la globalización neoliberal está impactando la información y la cultura, y las homogeneiza para manipular a las personas.

Ese valladar humano —los famosos ‘cohetes morales’ con que en 1962 Fidel Castro desafió la amenaza del holocausto nuclear cuando la denominada Crisis de Octubre, del Caribe o de los Misiles— ha constituido un factor disuasivo esencial, no solo por los mensajes que emite sobre la salud, integridad y fortaleza de la institución armada cubana, sino porque refleja en gran medida las inmensas capacidades del país y del pueblo, las cuales no han sido erosionadas por errores propios, por la larga crisis económica, de la debacle soviética y sobre todo, por las consecuencias del destructivo bloqueo estadounidense.

Contrario a las herencias de aquel que se autoproclamó ‘socialismo real’, la idea del aislamiento intelectual jamás ha tenido que ver con el pensamiento de los militares cubanos. Así, cuando visto desde aquella óptica vencida, la llamada cultura de masas y la sociedad de la información habrían constituido un peligro «contaminante para los militares cubano»—dicho con el lenguaje de los críticos—, los cubanos, fieles a una esencia mambí y guerrillera, los vimos como desafíos. La

comprensión de estos fenómenos nos permitiría abatir el pragmatismo y la materialización que expresan el nuevo divorcio entre razón y sentimientos, necesario para facilitar el hegemonismo de la potencia dominante.

Visto así, en una dimensión estratégica y no solo táctica, el 'si se puede' del Ministro de las FAR y el apoyo popular a esa idea, expresada a inicios de los años noventas, constituía un grito de rebelión frente a la época, cuya magnitud y alcance aun estábamos lejanos de apreciar, hasta que Fidel le dio acabada creación e interpretación en el concepto 'batalla de ideas'.

El Juramento de Baraguá que nuestros combatientes, junto con el pueblo, proclamaron en épica jornada, dicho en aquellas circunstancias no era únicamente un texto enunciador de una realidad incontrovertible; era además un documento programático de una voluntad que se expresaba al afirmar: «Vamos a pulverizar su asquerosa hipocresía, sus groseras mentiras, sus repugnantes y egoístas doctrinas imperiales, con las que pretenden gobernar el mundo. No les quedará ni la mínima credibilidad necesaria para engañar a alguien en este país o en el resto del planeta».

La comprensión de la complejidad de los nuevos procesos, del entrecruzamiento de disciplinas, técnicas, herramientas y métodos, sobre todo en el ámbito de la política, el arte militar y las ciencias sociales, para poder

completar el análisis e interpretación de lo que ocurría, demandaba de todos erudición interpretativa (por tanto informativa y cultural) y enfoques transdisciplinarios, devolviéndonos a una comprensión más antropológica de las actividades humanas —en este caso de defensa y cultura—, lo que permitió a las Fuerzas Armadas pensar más en los procesos de su socialización.

Pero también, implicó darse cuenta del sentido que tenía comunicar esas ideas, para que los combatientes y todo el pueblo las incorporaran en sus prácticas cotidianas, conflictivas y cambiantes a través de una nueva reflexividad y acción que nos condujera siempre a evocar nuestros objetivos: defender no solo las conquistas ya logradas, sino consolidarlas, engrandecerlas, incorporarle nuevas metas y mantener incólume el derecho a seguir construyendo nuestro propio futuro, a la vez que disuadir y contener cualquier agresión.

Dicho de otro modo, ha significado para los cubanos ganar la larga guerra que se nos impone, impidiéndola y obligando al enemigo a hacer nuestra voluntad.

De tal suerte, han sido las Fuerzas Armadas Revolucionarias durante los últimos años —como a lo largo del más medio siglo transcurrido desde el desembarco del yate Granma— uno de los principales portadores de la imagen de nosotros mismos ante Cuba y ante el mundo; factor que como hoy se conoce, constituye el eslabón indispensable de

la seguridad nacional de cualquier Estado. Imagen de un pueblo que al decir del Che, cuando lo tipificó también en la

figura de Camilo, es capaz de un renuevo continuo e inmortal, como la Patria misma.

